

LA VUELTA A LA INTEMPERIE

Dr. Jonatan Alzuru Aponle
Doctorado de Filosofía UCV

Resumen:

La certeza de la experiencia del compartir en la deriva es la amistad. Esto es soporte ontológico ante la contingencia. Es, la amistad, arte de vivir al no añadirle a la vida el tiempo ilimitado del futuro. La amistad, su posesión, era en el mercado (al lado de las frutas y las verduras), o sea, a la intemperie. El itinerario, sugerido, es: calle, monasterio, laboratorio, calle. El usuario que sale del Terminal (calle) hasta el monasterio y el laboratorio es la filosofía, pero ya transformada por de cómo salió de la calle (a la intemperie). Sólo el arte la lleva de vuelta a la calle, a la intemperie, al mercado; lo cual es enrumbarse la aventura de contarse a sí mismo: en paz consigo mismo, en un gozo no interrumpido, en un mirar con alegría las cosas o en armonía condigo en la plenitud del instante, es decir, en el arte de vivir. Asunto, este último, propio de la filosofía práctica.

Palabras claves: amistad, calle, intemperie, contarse a sí mismo.

Abstract: The return to the outdoors

The certainty of the experience of sharing in the drift is friendship. This is an ontological support in front of contingency. It is friendship, the art living when not adding to the life the limitless time of future. Friendship, its possession, was present in the market (together with fruits and vegetables), that is, outdoors. The itinerary, suggested, is: street, monastery, laboratory, street. The user who leaves the Station (street) to the monastery and the laboratory is the philosophy, but already transformed by the way it left the street (outdoors). Only the art takes it to the street of return, outdoors, to the market; which is to walk towards the adventure of declaring oneself: in peace with oneself, in a non-interrupted joy, watching with joy the things or in harmony I convey at the fullness of the moment, that is to say, in the art of living. Subject, this last, belonging to philosophic practices.

Key words: friendship, street inclemency, declaring oneself.

LA VUELTA A LA INTEMPERIE

Dr. Jonatan Alzuru Aponte
Doctorado de Filosofía UCV

Inventar fábulas acerca de otro mundo distinto de éste no tiene sentido, presuponiendo que en nosotros no domine un instinto de calumnia, de empequeñecimiento, de recelo frente a la vida: en este último caso tomamos venganza de la vida con la fantasmagoría de otra vida distinta de ésta, mejor que ésta.

F. Nietzsche

La filosofía transitaba en la calle. La intemperie era su hábitat. Moraba al lado de las frutas y las verduras, era parte del mercado. Gozaba de las transacciones simbólicas y amorosas. En ella habitaban las fracturas, la contrariedad, los desacuerdos, las negociaciones, la tragedia, la metáfora y los conceptos fugaces. Su calor era cuerpos encontrando sentido al estar juntos.

Era en la plaza donde se encontraba porque era pública, sus problemas eran de todos y todos tenían posibilidad de asirla. Sus problemas nacían cuando se confrontaban situaciones cotidianas. Su sentido era ofrecer horizontes para vivir, para comprenderse, para asirse en la contingencia y elegirse como destino. No tenía problemas fronterizos porque no tenía registro de propiedad de ningún campo específico, y no tenía, por supuesto, ninguna alcabala. De suyo era múltiple, su nombre daba cuenta de la pluralidad, no sólo de interpretaciones sino de modos de vidas, porque el diálogo era su espíritu. El tránsito libre era su virtud.

Su lengua era griega y aquél que no la hablaba, el bárbaro, a través del tiempo la hizo suya. Cuando el imperio estaba en su esplendor también se alzó su lenguaje y preguntó Cicerón "¿Por qué no nos han de agradar en latín los preceptos que Platón dio sobre el bien y la felicidad de la vida?" Y el latín se apropió del territorio, la filosofía se autocomprendió desde el acervo romano, desde entonces ella formó parte de un pensar otro, del pensar bárbaro. A su trajín y cuidado se le llamó cultura, desde aquel momento filosofía y cultura se hicieron partes de un mismo espíritu. Por ello cuando se enuncia la palabra cultura, siempre lo decimos en su sentido romano como cultivo del espíritu, como el cuidado de sí.

Sin embargo, la lectura de la filosofía griega que hacían los latinos no era por un afán de erudición, sino cuando el vagabundeo del pensar a propósito de los problemas del obrar lo requiriese, bien lo dice Cicerón. "Traduciré sólo algunos pasajes, cuando vengan a cuento y la ocasión sea oportuna." Porque lo central no era el pensamiento del otro, sino aquella idea del otro que sirviese para aquél que se interroga por la vida que vale la pena ser vivida.

La vida que valía la pena no tenía fronteras, ni se determinaba a priori, era más bien, una práctica, donde la lectura, la escritura, eran parte de un mismo problema: cómo elegirse en el mar de la contingencia, cómo no perturbarse si el devenir era

LA VUELTA A LA INTEMPERIE

Dr. Jonathan Alzuru Aponte
Doctorado de Filosofía UCV

contradictorio, cómo vivir en tranquilidad, en palabras de Séneca "Tratamos de determinar, por consiguiente, cómo podrá el ánimo ir siempre con paso igual y próspero, estar en paz consigo mismo y mirar con alegría sus cosas sin que este gozo se interrumpa, sino permaneciendo en su estado de placidez sin levantarse nunca ni deprimirse... Son innumerables las propiedades del vicio, pero su efecto siempre es único: el descontentarse a sí mismo." (De la tranquilidad: 447)

El ocuparse de sí mismo en la fragilidad de la intemperie tenía por objeto contentarse consigo. La filosofía no residía en ninguna casa, no se desprendía de una labor a propósito de la división del trabajo. Sus asuntos eran independientes de la acción aunque le daban sentido a cualquier acción, por ello no tenía territorios y, a su vez, cargaba de sentido las prácticas porque su horizonte estaba dado en la elección de sí. La incertidumbre del exterior era combatida con la certidumbre interior. La filosofía era filosofar. Es decir, el ejercicio permanente de tener la mejor relación consigo mismo, en cualquier ámbito, en cualquier contexto, en cualquier circunstancia.

En palabras de Foucault, se vivía, como proyecto fundamental de la existencia, con el soporte ontológico que debía justificar, fundar y gobernar todas las técnicas de existencias: la relación consigo. (Foucault, 2001/2004: 127) El proyecto no era un progreso sin sentido, no era en atención a un futuro, ni en la nostalgia del pasado, se trataba más bien de una práctica conforme a lo que se era, vivir era el proyecto, vivir en relación consigo, en armonía consigo, de allí que cualquier oficio era indiferente frente al oficio de vivir.

Quizás para la comprensión de la vida como proyecto que se realiza en cada instante, valga el pensamiento de Marco Aurelio: Actuar, hablar y pensar siempre como alguien que al instante puede salir de la vida. Lleva a cabo cada acción de tu vida como si fuera la última, manteniéndote alejado de toda ligereza. Lo que permite la perfección de la manera de vivir es pasar cada día como si fuera el último... (Marco Aurelio, Pensamientos I, 11).

La vida como proyecto es la vivencia del instante. No se trata de un proyecto que se lanza hacia el futuro cuya realización está en un mañana porque el futuro es contingencia, está cargado de incertidumbres y cuya única certeza es la muerte. La presencia de la muerte como futuro niega toda posibilidad de asirse al mundo en función de una promesa ulterior, porque ella es la privación de todo sentido. Así lo recordaba Epicuro a Meneceo:

Acostúmbrate a considerar que la muerte nada es contra nosotros, porque todo bien y mal está en el sentido, y la muerte no es otra cosa que la privación de este sentido mismo. Así, el perfecto conocimiento de que

LA VUELTA A LA INTEMPERIE

Dr. Jonatan Alzuru Aponte
Doctorado de Filosofía UCV

la muerte no es contra nosotros hace que disfrutemos la vida mortal, no añadiéndole tiempo ilimitado, sino quitando el amor a la inmortalidad"
(Epicuro: 92)

Actuar en función del futuro es el amor a la inmortalidad cuya consecuencia es la negación del disfrute del instante, es la negación de la vida. Por el contrario, el oficio de vivir, el arte del vivir consistía en el ejercicio de ser en armonía consigo en la plenitud del instante.

El oficio de vivir era el objeto de la sabiduría. No era en un encierro, en una cápsula, en una casa, detrás de unas paredes o en la soledad de una habitación animada por los fantasmas que se manifiestan en los libros; por el contrario, su vida se manifestaba en la relación con el otro, en la permanente relación con el amigo, por eso el mercado y la plaza eran sus ambientes preferidos, allí donde se cuece la amistad. Precisamente, porque el soporte ontológico del oficio de vivir estaba dado por la seguridad de la amistad. Diógenes Laercio en el sumario que realiza de las opiniones de Epicuro señala: "De cuantas cosas adquiere la sabiduría para la felicidad de toda la vida, la mayor es la posesión de la amistad. Aun en medio de la cortedad de bienes, se ha de tener por cierto que la amistad da seguridad." (DL: 29)

82

La amistad es una condición del oficio de vivir, es lo permanente dentro de la contingencia porque da seguridad. La amistad no es un templo ni es un espacio sino una relación sin geografía predefinida que se configura cada día y su sentido está dado como manifestación del arte de vivir. No tiene otro objeto que el placer de gozarse en la relación. No tiene utilidad práctica, no sirve para nada y sin embargo, su posesión es la manifestación más transparente de la sabiduría. El sabio es el amigo. El amigo sabio es aquel que ahonda en el instante, el que se elige permanentemente y actúa en cada acontecimiento como si fuera la última acción de su vida porque no le interesa el futuro de la relación, porque eso es inasible, sino el disfrute de su presente, de allí que su actuar sea desinteresado, no tiene interés de una acción recíproca en el futuro.

La amistad no tiene muelle, no tiene ancla, no tiene destino. Su virtud es la certeza de la experiencia del compartir en la deriva. Tal experiencia estética era el horizonte de la filosofía porque su razón de ser, su sentido, era el del arte de vivir o lo que es lo mismo, la vida como obra de arte.

Se dio la pugnacidad entre la intemperie pagana y el templo cristiano, saber y poder se interrelacionaron y la filosofía salió de la deriva en el ocaso del imperio romano. Se refugió en la seguridad de las bibliotecas, al interior del monasterio. Se silenció porque contemplaba la palabra de Dios. Contemplar era el acto propio de la sabiduría, el que se dedicaba a pensar en las cosas divinas, el que se liberaba del

LA VUELTA A LA INTEMPERIE

Dr. Jonatan Alzuru Aponte
Doctorado de Filosofía UCV

mundo, de todos los negocios externos y quedaba solo con Dios. Contemplativo era el que abandonaba el mundo y hacía silencio para escuchar la voz de Dios en la lectura y la oración. La filosofía se transformó en un ejercicio contemplativo. Bien lo dice Santo Tomás:

La contemplación se entiende a veces en sentido estricto como acto del entendimiento que medita sobre las cosas divinas y en este sentido la contemplación es un acto de sabiduría o acto de la sabiduría. Y otras veces se considera contemplación todo acto con el que alguien, apartándose de los negocios exteriores, se dedica solo a Dios, lo cual puede suceder de dos maneras, o bien cuanto que el hombre escucha a Dios que habla en la escritura, lo cual sucede por medio de la lectura, o en cuanto que habla a Dios, lo cual sucede por medio de la oración. (Tomas citado por Heidegger, 1996/1999: 183)

La filosofía olvidó su origen, ya no estaba entre los verduleros ni entre los vagabundos de la plaza. Renunció a la contingencia porque se hizo una herramienta adicional de la meditación, sus problemas eran la inmortalidad, lo inmutable, el alma, el cielo, Dios. La eternidad suplantó la inmanencia, lo trascendente se transformó en lo relevante y todo se hizo tejiendo sistemas de pensamientos. La historia de la filosofía servía como propedéuticas para la vida contemplativa. San Agustín afirmaba que las lecturas de Platón y Aristóteles tenían una utilidad como preparación para las lecturas evangélicas y éstas conducían a la felicidad en otra vida futura.

El telos de la filosofía era servir como una hermenéutica de la verdad revelada. Se especializó en la meditación. La práctica del método fue su obsesión. La conquista de una meditación segura fue su telos. Leer, escribir e interpretar eran los pasos del ejercicio espiritual. La seguridad en el arte de interpretar era el objeto de la erudición del abad. La meditación no era una ocupación de sí, sino el camino seguro para conocer, para buscar las certezas; la máxima certeza, la verdad absoluta, Dios.

La meditación se hizo método y el método se hizo el objeto del pensar. El camino que se vislumbraba seguro, era el camino de la ciencia. La filosofía se hizo ciencia y le dio vergüenza llamarse filosofía a secas, quería autocomprenderse como laica, quería olvidar su historia, su travesía en el monasterio medieval cuya sensación era la de un período de oscuridad por el olor a inquisición, a brujería, a contemplación fuera del mundo y proclamar por fin, la entrada a un mundo lleno de luces, donde el ritmo estuviese marcado por el descubrimiento, por el conocimiento de las leyes del universo fue el nuevo movimiento.

No se preocupó de Dios que lo vio como un resabio antiguo, pero tampoco de la vida buena, de la vida en la intemperie, de la experiencia nómada. Careció

LA VUELTA A LA INTEMPERIE

Dr. Jonatan Alzuru Aponte
Doctorado de Filosofía UCV

de sentido la interrogación por la vida que valía la pena vivir, innecesarias fueron las cartas de Epicuro, de Cicerón, de Séneca o el diario de Marco Aurelio porque no eran expresiones de un pensamiento sistemático ni ayudaban a formarlo, de ahí el desprecio de Hegel por los pensadores grecorromanos.

La filosofía tenía una manera de ser escrita: conceptos desarrollados en largos y extensos tratados. La metodología de los desarrollos y el método del pensamiento se transformaron en lo esencial.

El problema de la validez y de los desarrollos institucionales de la legalidad se transformó en lo relevante. El problema no era el de la felicidad sino la elección de lo que se considera intersubjetivamente correcto. No era lo que motiva sino lo que se puede evaluar, lo que se estudia, lo que se piensa de forma objetiva. Como diría el Sr. Habermas: El fenómeno básico que la teoría moral ha de abordar y explicar es la validez deóntica, el deber ser, de mandatos y normas de acción. (Habermas, 1991: 69)

La nueva filosofía se sentía hija de la revolución industrial, de la revolución francesa y de la física clásica porque su espíritu era el de un orden progresivo en lo político, en lo económico y en lo científico, por eso se apellidó positiva. La nueva meditación era para asaltar a la naturaleza cuando se percató que Dios había muerto.

84

El problema era el conocimiento en independencia de su utilidad para la vida feliz. La felicidad se redujo a un problema de la vida privada no relevante para los protocolos del debate. Las disputas estaban ceñidas a las condiciones intrínsecas del acto del conocer, a sus reglas, a sus métodos, al conjunto normativo que daba cuenta de sus límites, de sus alcances.

Siguiendo a Foucault afirmamos que:

[...] a partir del momento en que puede decirse: Tal como es, el sujeto es, de todas maneras capaz de verdad, con dos reservas el de las condiciones intrínsecas y extrínsecas al conocimiento, desde el momento en que el ser del sujeto no es puesto en cuestión por la necesidad de tener acceso a la verdad, creo que entramos en otra era de la historia de las relaciones entre la subjetividad y la verdad. Y la consecuencia de ello, o el otro aspecto, si lo prefieren, es que el acceso a la verdad, que en lo sucesivo tiene como única condición el conocimiento, no encontrará en éste, como recompensa y como cumplimiento, otra cosa que el camino indefinido del conocimiento. (Foucault, 2004: 37)

En otras palabras, el sujeto no se tendrá a si mismo como la materia para hacerse, no se necesita elegirse, por lo tanto, la contingencia deja de ser problema

LA VUELTA A LA INTEMPERIE

Dr. Jonatan Alzuru Aponte
Doctorado de Filosofía UCV

ya que su afección es al sujeto que la vive y, como el avance del conocimiento es independiente de la vida del cognoscente, entonces, las afecciones de la inmanencia en esa vida se hacen irrelevantes.

La filosofía positiva era la nueva religión. Comte en 1851 le escribió a un amigo que estaba persuadido que antes de 1860 predicaría, en la catedral de Nuestra Señora de París, la única religión real y completa, la del saber científico. La evolución era científica y las revoluciones también. La palabra se hizo número. Todo era ciencia. Sociología, politología, economía, estética, psicología fueron, entre otras, las nuevas máscaras de la filosofía de antaño.

Con sus nuevos nombres se sentía superior y autónoma en cada territorio, por eso colocó barreras y cortinas de hierro para diferenciarse, colocó fronteras, alcabalas, institucionalizó sus miradas, sus formas, sus métodos, se dedicó a construir sus constituciones: el deber ser de cada campo. Colocó el poder en el centro de cada territorio. Empezó hablar de forma diferente en cada esfera del saber como si los neologismos le dieran la legitimidad y autoridad moral para administrar el territorio. La autonomía no sólo era lingüística sino metodológica. En el centro de cada territorio, se levantó una torre de marfil donde se le rendía culto al paradigma: la ciencia natural.

En aquellos campos La Metafísica olía a charlatanería, a inquisición, a monasterio, al camino inseguro del monasterio a la calle, por ello todos renunciaron a ella. La tarea era traducir el saber en fórmulas matemáticas. La pregunta a responder era: cuál era la física social, cuál era la mecánica y la dinámica de la sociedad. La relevancia de la interpelación consistía en descubrir leyes que imposibilitaran el caos del devenir, esas anomalías sociales que perturbaban la evolución.

La filosofía había salido del monasterio y, por un camino seguro, entró al laboratorio, desde allí salió otra vez a la intemperie. Ésta vez emergió cargada de leyes, de hipótesis, de conjeturas, de verificaciones, con un sistema en la mano se lanzó, de forma imperial, al dominio del mundo. Nos trataba de contemplar sino de transformar para progresar.

El ambiente era el del hombre autónomo, aquél que está solo en el mundo sin dios, aquél cuyo orbe giraba alrededor de sí como sistema referencial de poder, como centro de gravedad de todo lo creado, aquél que confía en su razón y sólo con ella creía que tenía el poder de dominar el mundo con la finalidad de prosperar.

El progreso era sinónimo de bienestar y el bienestar de felicidad. Por eso se empeñó en dominarlo todo para desarrollarse. Lo dominó y se hizo esclavo de su dominio. Esa fue la dialéctica de la ilustración, como dirían Adorno y Horkheimer, una humanidad que progresa a su deshumanización. Un dominador dominado por

LA VUELTA A LA INTEMPERIE

*Dr. Jonatan Alzuru Aponte
Doctorado de Filosofía UCV*

su propio afán de dominio. La felicidad y el bienestar parecían cada vez más lejos. Hiroshima se hizo metáfora de la paradoja iluminista.

La bomba no sólo destruyó una ciudad sino la noción misma de progreso, destruyó los campos delimitados del saber, destruyó el afán de conocimiento por el conocimiento mismo, la filosofía positiva se hizo añicos, el progreso era una carrera sin sentido donde la contingencia conmovió tal afán con la expresión desgarradora de la muerte. La muerte masiva en los campos de concentración, en la guerra, en su tecnificación con el poder nuclear, con todo ello, la muerte interpeló por el sentido de la vida.

Los que vivieron en la periferia e hicieron suya la frontera, se hicieron del no lugar que era proscrito, se hicieron traficantes, se desterritorializaron, sus lenguajes tenían las tonalidades de múltiples territorios, tenían varias nacionalidades. Los habitantes de las fronteras aprendieron a irrespetar las alcabalas de los territorios y de los campos del saber. Los que estuvieron al margen por muchos años se acostumbraron a la aventura, por eso empezaron a detestar la seguridad que se respiraba con los métodos. En ellos habitaba de alguna manera el espíritu de la filosofía no enferma.

86

Cuando aconteció ese terremoto epistémico, la hermenéutica de la facticidad se hizo indispensable. Lo que acontecía no era sino una interpretación. El mundo era un mundo de interpretaciones sin hechos. La lectura entonces no era ya para desentrañar leyes universales ni para contemplar a Dios sino para dar cuenta de sí, de la diversas interpretaciones que se configuraban en el momento para asirse en el instante.

Se hicieron relevantes para estas empresas, entonces, aquellos que habían sobrevivido en los márgenes, los malandros que en el arrabal de los límites irrespetaban las alcabalas del conocimiento, aquellos que nunca se sintieron cómodos con las torres de marfil, aquellos que se escribieron a sí mismos. Los artistas que hicieron de su vida una obra de arte.

El arte es la contrafuerza contra toda voluntad de negación de la vida. El arte es la voluntad metafísica. El arte se transformó en el camino inseguro del laboratorio a la calle, de la universidad a la calle, de la escolástica a la calle. El camino de vuelta a la intemperie. Dar cuenta del arte es enrumbarse en la aventura de contarse a sí mismo.

Contarse a sí mismo es la mayor creación porque da cuenta del quehacer del sujeto sobre sí... La mayor creación es la vida de sí mismo. Como dice Plotino:

Plotino (Enéadas I,6-9): Si todavía no ves tu propia belleza, haz como un escultor de una estatua que debe llegar a ser bella: quita esto, raspa aquello, empareja tal

LA VUELTA A LA INTEMPERIE

Dr. Jonatan Alzuru Aponte
Doctorado de Filosofía UCV

lugar, limpia tal otro, hasta que hace aparecer el bello rostro de la estatua. De la misma manera, también tu retira todo lo superfluo, endereza lo oblicuo, purificando todo lo tenebroso para volverlo brillante y no dejes de esculpir tu propia estatua hasta que brille en ti la claridad de la divina virtud.

La filosofía renunció a los campos, a los territorios, incluso a lo que se entendía por filosofía en la modernidad y se lanzó al rescate de su origen. Quizás, las palabras de Xiomara Martínez, al finalizar la exposición de su trabajo de ascenso, se aventuran a dar cuenta del síntoma de la fractura contemporánea, quizás es una manera de hablar de la filosofía en estos tiempos, ella dijo: Renuncio a la filosofía, a la sociología, a la política como campos del saber... quiero pensar desde un lugar otro... porque los escritos de los intelectuales que viven en esos campos no sirven para nada, justamente cuando pretenden ser de lo más instrumentales... El problema es que tales campos disciplinares no dan cuenta de la vida, más bien son ficciones de ficciones sin vida... Renuncio, por tanto, a escribir como escribí, renuncio al tratamiento de esos temas como los hice... renuncio.

La filosofía renunció a los campos del saber. Reventó las fronteras y estallaron las estatuas de marfil, los templos, la ciencia. Renunció al Lecho de Procasto de los conceptos, de las teorías y apostó por las metáforas. No abandonó el rigor de pensar con claridad, utilizaba diccionarios pero dejó de ser ella misma un gran diccionario. Dejó la cápsula. Se preocupó por los problemas de los mortales. Se hizo cuerpo, sudor, sentidos, menstruación, respiración, semen, pene, vagina, vísceras, pensamientos, pasión, excremento, ideales, sangre, nariz... olfateó al mundo para crear, para ficcionar, para ser.

Amó las cosas impuras, las contradicciones, las aporías, las tragedias y las conversaciones llenas de tragos hasta el amanecer donde todo es efímero y sin conclusión. Se hizo infiel. Caminaba con dios y con el diablo, paradójicamente, sin traicionarse a sí misma. Abandonó los tratados y se hizo afable con los diarios, las cartas, los ensayos y los aforismos. La literatura se fusionó en sus silencios. Ella sabe que algunos tienen resabios escolásticos, que quedan sacerdotes, arterioscleróticos y hediondos, de la religión positiva... Ella los vomita.

Se hizo intolerante con la estupidez de renunciar a la vida. Maldijo a los que la grafican con curvas en papeles milimétricos. Se burló y escupió a los idiotas mediocres y tercios que se creen salvadores del mundo, los planificadores del bienestar, los platónicos, los enajenados por un poder insignificante, los cerdos del pensamiento. Y defecó en sus seguidores.

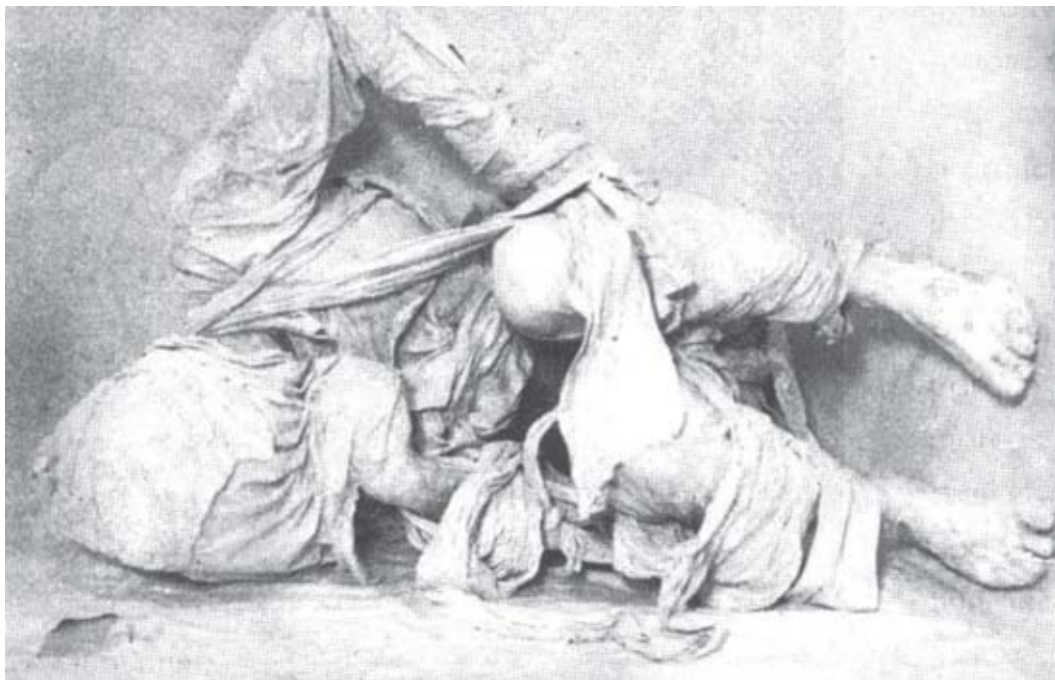
Buscó su origen y se regodeó con su pasado helenístico porque nunca deja de ser orgullosa. Aunque había mandado al infierno a la historia como relato de verdad, le

LA VUELTA A LA INTEMPERIE

*Dr. Jonatan Alzuru Aponte
Doctorado de Filosofía UCV*

gustaba la arqueología como experiencia libidinosa... Hizo gimnasia, se hizo práctica. Filosofía práctica fue su nombre. Cuando alguno preguntaba: ¿qué era práctica? respondía filosofía. Cuando inquirían sobre la filosofía, confesaba que no era otra cosa sino una práctica. Filosofía práctica, una y la misma cosa.

Se lanzó a la intemperie. Anda de vuelta entre nosotros como una vagabunda despeinada, alborotada, estimulada y excitada. Sin margen, sin bitácora, a la deriva.



Gunter Brus - Ana. 1967